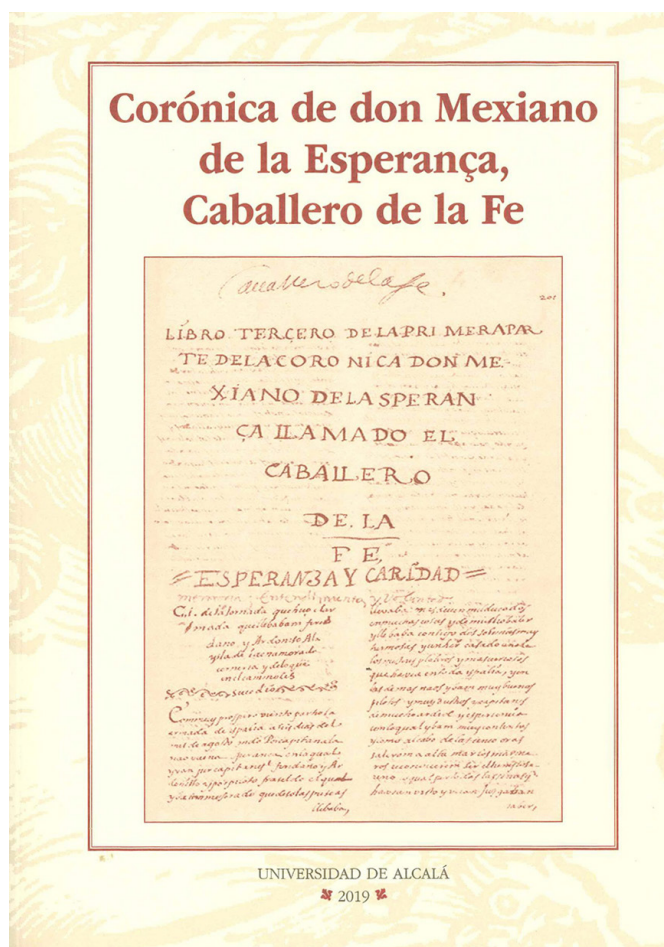


Miguel Daza, *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*, ed. Ana Martínez Muñoz, 'Libros de Rocinante', 35, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2019, 684 págs.

Rafael Beltrán  
(Universitat de València)



La *Corónica de don Mexiano de la Esperança, Caballero de la Fe*, es uno de los numerosos libros de caballerías que nunca pudieron gozar de la suerte de alcanzar la imprenta en los años en que fueron compuestos. Afortunadamente, casi cuatrocientos cincuenta años después de su escritura, podemos leer este gran libro de caballerías (grande por extensión y por méritos), rescatado en una nueva y pulcra edición de los ‘Libros de Rocinante’, en este caso gracias a los desvelos de Ana Martínez Muñoz, quien reivindica sus innegables valores en un estudio preliminar suficientemente extenso, profundo e iluminador. El ms. 6.602 (362 folios) que contiene la obra se conserva en la BNE, fechado el 11 de diciembre de 1583. Un soneto «Al lector» de Agustín de Mora, que clausura el texto, menciona «su autor el padre Daça». Solamente Nancy Marino (1987) se había aproximado a la obra, especulando en torno al ambiente académico de este padre Daza y enumerando algunas de las fuentes del libro a partir de las notas marginales que ofrece el texto. Luego, M.<sup>a</sup> Carmen Marín (2014-2015) profundizó en el círculo profesional de Daza, identificándolo como profesor de Derecho Canónico en la Universidad de Sigüenza y descubriendo a muchos de los personajes homenajeados en clave en la obra, donde aparecen escondidos tras las armas de linaje y «letras de invención». Estos dos trabajos pioneros sirven de punto de partida para al completo estudio biográfico, histórico, lingüístico y literario que ahora nos ofrece la editora de *Don Mexiano*.

Era inmenso el trabajo que restaba por hacer. En primer lugar, editar un texto manuscrito con no pocas dificultades a la hora de ser regularizado. La identidad textual del testimonio incluye la descripción codicológica, pero a la vez la persecución casi detectivesca del proceso de constitución del texto, con su revisión para la puesta en limpio. Porque todo parece indicar que el texto último fijado por el autor se pone en manos, tal vez de manera póstuma, de un copista y corrector que efectúa sobre la misma copia una revisión tan sólo estilística, incorporando algunos comentarios morales. El manuscrito de la BNE, por tanto, es un borrador, pero no un original destinado a la imprenta. Remeda la disposición formal de otros textos impresos, como hacen muchos de los otros diecisiete o dieciocho libros de caballerías manuscritos que conservamos sin imprimir y que estudió en bloque José Manuel Lucía (2004). Y, sin embargo, el ms. del *Caballero de la Fe*, con sus anotaciones eruditas al margen, plagiadas o no plagiadas, curiosamente no imita la presentación de los libros de caballerías, sino la de los libros de erudición impresos. En ese sentido, se confirma que se trata de un libro de «doctrina, erudición, cortesanía», como reza el primer verso del soneto citado de Agustín de Mora. Y, por cierto, no todas las anotaciones al margen son eruditas, sino que llaman la atención, hacia el Libro II, cap. 24, las vulgares de un lector, mensajes sucios y obscenos —y, por ello, intrigantes— como los de muchos *graffitis*: «cagaxón para el caballero de la Fe», «borracho de la Fe», «estercórenle las barbas al caballero de la Fe», «cágame en el Caballero de la Fe» y otras lindezas semejantes. ¿Por las manos de qué tipo de lector maleducado y soez pasaría el ejemplar?

En segundo lugar, quedaba explicar o hacer entender ese difícil y hasta cierto punto misterioso y «mesiánico» proyecto del padre Daza que es *Don Mexiano*, encuadrarlo a partir de fuentes y contextos, tratar de dilucidar sus entresijos e intentar adivinar los objetivos de su autor. Si evidente es la adscripción de Miguel Daza a las Universidades de Sigüenza y Alcalá, su lugar de nacimiento es difícil de saber. Por una parte, su texto revela evidentes aragonesismos u orientalismos (los diminutivos en *-ico*, como «tantico» y otros). Por otra, hay algunos dialectalismos extraños en el texto; además de los seis o siete señalados, se podría añadir el aumentativo de ‘valiente’, «valentaço» (hay otro parecido: de ‘valor’, «valorazo»), que parecen galleguismos (o propios del mirandés, es decir, de un habla castellano-gallego-portuguesa).

Las aportaciones de la obra dentro del género caballeresco son muchas. Ana Martínez subraya algunos de los ingredientes de innovación más relevantes, como el uso de la poesía y de la autoconciencia narrativa. Pero quizás el más llamativo y notable, el que asalta al lector desde el primer momento, es la hibridación genérica y la asimilación de la ficción caballeresca al horizonte de expectativas de una miscelánea, mediante la inserción de copiosísimos materiales enciclopédicos extraídos de polianteas y tratados contemporáneos. En ese sentido, el trabajo sintetizado por la editora en su «Estudio preliminar» es fascinante, porque va descubriendo sagaz y puntualmente las deudas —y no esporádicas, sino constantes y abundantes— con relevantes fuentes: la *Polyanthea* de Domenico Nani Mirabelli (1503), la *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso (1519), la *Cronografía o repertorio de los tiempos* de Jerónimo de Chaves (1548), la *Historiarum sui temporis* de Paulo Jovio (1550-1552), la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540-1551), los *Comentarii de nobilitate et iure primigeniorum* de André Tiraqueau (1549), o el *Promptuarii iconum insigniorum* de Guillaume Rouillé (1553). Textos que coinciden con algunos de los principales títulos misceláneos o enciclopédicos de la primera mitad del siglo XVI, los años de juventud y formación intelectual de Daza.

Polianteas, silvas, prontuarios, cronografías... Por ejemplo, el *Prontuario* de Rouillé, con su mezcla equilibrada de imágenes y estampas biográficas, pudo haber desempeñado el papel, como se ha dicho, de lo que Valerio Máximo representaba en el siglo xv: almacén y baraja de estampas con ejemplos casi inagotables de dichos y hechos en la Antigüedad (baraja azarosa: Jesucristo al lado —por la J— y equiparado en disposición textual con Jonás, por ejemplo). Pero añadía magníficas imágenes en medallones para cada personaje, que distintos proyectos iconográficos hicieron suyas. El original latino se publica en Lion, 1553. El traductor del *Prontuario* al castellano, en las mismas prensas, en 1561, Juan Martín Cordero, fue un importante humanista valenciano, erasmista, que estuvo en Flandes con Felipe II, en los años 50, trabajando para la imprenta de Martín Nucio, y que tradujo a Eutropio, a Flavio Josefo y a Erasmo, entre otros. Lo menciono, puesto que Martín Cordero sería el prototipo de perfecto corrector, escrupuloso, como el que pudo haber corregido el texto que nos ha llegado del *Caballero de la Fe*; o como el propio Miguel Daza.

La posición de Daza frente al conjunto de obras de literatura de caballerías, como profesor de Derecho y como sacerdote, es sin duda singular. El padre Daza se situaría claramente en una tradición anticortesana, cuestionando las convenciones literarias del género en lo relativo al amor, la magia o el mismo concepto de heroicidad caballeresca. Los presupuestos humanistas que guían su trabajo llevan a destacar la necesidad de conocimientos enciclopédicos por parte de héroes y lectores ideales (*vir doctus facetus* renacentista) y a integrar estos, mediante la selección miscelánea, en el libro de caballerías. Todos estos ángulos los explica y justifica perfectamente la editora. La más alta curiosidad erudita (*prodesse*) trata de armonizar con el entretenimiento narrativo caballeresco (*delectare*), protagonizado por el héroe Mexiano. Se legitima así la validez del libro de caballerías como género, pero se transforma también en un espécimen híbrido, casi experimental, que concede igual o más peso a la erudición que a la acción. La acción avanza a veces con saltos poco justificados, y a partir de diálogos que se suelen volver soliloquios largos, de una erudición que se nos antoja a veces poco razonable o desequilibrada en el contexto narrativo. Los diálogos más simpáticos son los de las muchachas, como es habitual en los libros de caballerías, aunque, como reconoce la editora, les suele faltar frescura. El autor interviene en ellos, censurándolos (autocensurándose, por tanto), con falta de contención. Estamos muy lejos, claro está, de las intervenciones irónicas y autocríticas cervantinas, si bien no de un cierto tono y actitud humanistas, comunes con los del propio Cervantes, como comento al final de esta reseña.

La fábula caballeresca se muestra, efectivamente, como afirma Ana Martínez, como miscelánea de saberes. En el ideal de la perspectiva manierista la mezcla de elementos heterogéneos, la *variatio*, es aceptable cuando es armónica. Algo que no siempre sucede aquí. Mexiano, por ejemplo, destroza el sentido y el ritmo de la «Oda a la flor de Gnido» de Garcilaso, cuando la parodia y canta (con poca gracia o «donaire»): «Si con mi baxo estilo / pudiese recontar la menor parte, / feaço crocodilo / de aquese tu mal arte, / de Venus no diría ni de Marte». Aunque en otro momento, más inspirado, un tenor canta (y aquí el autor no se burla), plagiando una canción de Jorge Manrique: «¡Oh, qué bella es la presencia, / con ella todo se alcanza! / Mas el olvido y mudanza / son propios males de ausencia».

El tema de los nombres históricos en clave, esbozado en el trabajo anteriormente citado de Marín, es ciertamente apasionante y está muy bien enfocado. Lo desarrolla Ana Martínez más holgadamente en su artículo «Crónica social y ficción caballeresca: un testimonio literario para la biografía del III duque de Medinaceli, don Gastón de la Cerda», publicado en *Criticón* (2018). Hay un evidente juego a *clef* (aunque yo no me atrevería a llamarlo *roman à clef*, puesto que no toda la trama gravita en torno a ese juego), con una alegoría muy general de la lucha de cruzada y con una serie de sustituciones y un constante desafío a la inteligencia del lector, a través del planteamiento de un surtido de adivinanzas y cifrados. El padre del protagonista, Ofrasio, remitiría al emperador Carlos V, aunque el personaje del protagonista, Mexiano, escondería bajo su máscara —demuestra convincentemente Ana Martínez—, no a Felipe II (que reinaba entonces —entre 1556 y 1598), sino a don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V.

Pero, además, las familias de Quiñones, Miranda, Pimentel, Mendoza, Ayala, Salazar, Velasco, etc., están detrás de otros personajes de una obra en la que las casas de Benavente, del Infantado y de Medinaceli se vuelven igualmente protagonistas. Y encontramos toda una escenografía oculta —o velada, para ser descubierta—, con descripciones valiosísimas de espacios como el castillo de los Pimentel en Benavente o el palacio del Infantado en Guadalajara, cuyas salas antiguas son examinadas inquisitivamente y cotejadas por la editora con pasajes del libro. Espacios como el castillo de La Calahorra, en Granada, o el palacio de los Fajardo, en Vélez Blanco (Almería), han sido relacionados con otros libros de caballerías, y podrían sumarse a estos, con nuevas intersecciones entre textos y figuras pintadas o esculpidas. Por ejemplo, la presencia en el patio interior renacentista del castillo de La Calahorra de las magníficas esculturas de César y Hércules en reposo, en las columnas del arco de entrada, más una serie de medallas de emperadores. Recordemos, a propósito de la familia de los Mendoza, que el castillo fue construido por Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza, hijo del gran cardenal Mendoza y nieto del marqués de Santillana, I marqués del Cenete. En cuanto al palacio de los Vélez Blanco, ha sido puesto en relación con el *Floriseo*, de Fernando Bernal, como apunta Ana Martínez. Y los bajorrelieves de los frisos del palacio, que muestran los trabajos de Hércules y el triunfo del César, presentan de nuevo unas «vidas paralelas» que obsesionaron a Daza, al igual que a buena parte de la nobleza de su siglo. Cuando Ofrasio lucha con el moro (I, cap. 5) y se compara su lucha con la de Hércules y Anteo, como púgiles formando un todo, entrelazados, se está jugando con un motivo iconográfico que, venido de Italia, aparece llamativamente en el castillo de Vélez Blanco.

Al final del Libro II, cap. xx, el héroe llega a Sevilla (Hispalis) y se describe allí una plaza con los Nueve de la Fama, más 24 figuras de bronce, 12 de emperadores romanos y 12 hispanos. Pero en la Sala de Estado del palacio están dos retratos de César y Hércules. La genealogía mítica de los reyes hispanos en la emblemática regia: son las dos columnas romanas que flanquean desde 1573

la Alameda de Hércules, en Sevilla. La de Hércules, fundador de Hispalis, dedicada a Carlos V, y la de César, dedicada a Felipe II.

Personalmente, podría adscribirme a la compañía de los que, como dice Cervantes en el prólogo de la Primera Parte de *Don Quijote*, prefieren en la novela la «leyenda seca, falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro...». Pero a la vez he de reconocer los méritos y la singularidad de una obra importante, que la editora, con toda razón, reivindica que pueda constituir un caso excepcional de ampliación —si no revolucionaria, sí absolutamente original e insólita— de los límites del didactismo caballeresco, un didactismo que había quedado reducido hasta el momento prácticamente al ámbito de la moralización.

Acabaría, para confirmar sus cualidades, con una cita que ya menciona la editora como artificio de *mise en abyme* y que vuelve a recordar ahora Daniel Gutiérrez Trápaga, en un reciente artículo, «Manuscritos y Humanismo en los libros de caballerías: la materialidad en la ficción» (*Revista de Literatura Medieval*, xxxiii, 2021, pp. 89-109). En el cap. 23 del Libro III, en un alarde de ironía plenamente humanista, Nictemeno, el cronista, afirma haber encontrado el primer libro de caballerías jamás escrito. Dice:

Con esto, fui y le truxe la istoria o aventuras de Cleántulo, con los amores de Sineo y Polidea, que entiendo que fue el primer libro que llamáis de matahombres o de caballerías del mundo. Porque os digo verdad cierto cierto, a fe de bueno, que yo le allé de mano en pergamino en un lugarexo pequeño del reino de Castilla, en poder de un herrero. El lugar se llama Pozancos y él se llamaba Ulano García, hombre de más de setenta y cinco años (perdóneme el señor herrero), que era morisco del reino de Aragón y decía que de África le había traído su agüelo que fue alfaquí según él decía. Él estaba en latín y muy rebueno, el título era este, cierto buelto en español: *Libro de los heroicos echos del príncipe griego Cleántulo, con los estremados amores de Sineo y Polidea*, compuesto por Aristófanes trágico, traducido en latín por Quintilo Cremonense. Esto es verdad cierto, si era fabuloso el título yo no lo sé, lo que sé es que era estremado latín y que nada debía a Quintiliano ni a Cicerón. (Daza, 2019: 502-503)

El pasaje remite al tópico del manuscrito encontrado, pero con el tono burlesco de la ironía cervantina («...en un lugarexo pequeño»). Y quizás lo más curioso es que la princesa Alexandra, que ha pedido algo de lectura para un rato de ocio, lo prefiere a las *Vidas de los Césares*, que también se le ofrecen. Y argumenta su decisión con una «razón» que al propio autor parece breve e ingeniosa: «—Más quiero —dixo la princesa— la vida virtuosa aunque fingida de Cleántulo que la biciososa de los Césares aunque verdadera». ¿Qué mejor prueba de rendimiento de todo un intelectual ante los encantos de las historias fingidas?

Nos es asequible, en fin, un texto extraño para el género, pero por ello doblemente interesante, pues servirá a los estudios de las literaturas áureas para comprender y poder explicar mejor aquellos procesos de hibridación en los que colaboraron y trataron de fundirse saberes enciclopédicos y estrategias de entretenimiento narrativo. Podremos leer y deleitarnos con *Don Mexiano*, a partir de ahora, al estar no sólo magníficamente editado, sino analizado en toda su complejidad y explicado en su contexto. Y defendidos ardientemente sus indudables valores literarios con las mejores armas filológicas.